

editorial
editorial

entrevista
interview

ágora
agora

tapete
carpet

artigo nomads
nomads paper

projeto
project

expediente
credits

próxima v!rus
next v!rus

ENTREVISTA
INTERVIEW

EN EL EXTREMO DEL OCCIDENTE

IN THE EDGE OF THE WEST

ADRIÁN GORELIK, MARCELO TRAMONTANO, MARIO VALLEJO

V!22

REVISTA V!RUS
VIRUS JOURNAL

issn 2175-974x
julho . july 2021



Adrian Gorelik es arquitecto y doctor en Historia. Es investigador independiente del Conicet y profesor titular de la Universidad Nacional de Quilmes, Argentina, donde dirige el Centro de Historia Intelectual. Entre otros libros, ha publicado *Miradas sobre Buenos Aires* (2004), *Das vanguardas a Brasília: Cultura urbana e arquitetura na América Latina* (2005) y *Correspondencias: Arquitectura, ciudad, cultura* (2011), y ha compilado (junto a Fernanda Arêas Peixoto) *Ciudades sudamericanas como arenas culturales* (2016). adrian.gorelik@gmail.com
<http://www.unq.edu.ar/comunidad/32-adri%C3%A1n-gorelik.php>

Marcelo Tramontano es Arquitecto, Maestro, Doctor y Libre-Docente en Arquitectura y Urbanismo, con Posdoctorado en Arquitectura y Medios Digitales. Es Profesor Asociado del Instituto de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de São Paulo, Brasil, y del Programa de Posgrado en Arquitectura y Urbanismo de la misma institución. Coordina el *Nomads.usp* y es Editor-jefe de la revista *V!RUS*. tramont@sc.usp.br
<http://lattes.cnpq.br/1999154589439118>

Mario Vallejo es Dibujante Arquitectónico y de Ingeniería y Maestro en Arquitectura y Urbanismo. Es investigador del *Nomads.usp* y doctorando del Instituto de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de São Paulo. Estudia procesos digitales de diseño, colaboración, BIM, y métodos y medios de representación. mariovallejo@usp.br
<http://lattes.cnpq.br/1094158283404582>

Como citar esse texto: Gorelik, A., Tramontano, M., Vallejo, M., 2021. En el extremo del Occidente. *VIRUS*, 22, July. [online] Disponível em: <http://www.nomads.usp.br/virus/_virus22/?sec=2&item=1&lang=pt>. Acesso em: 17 Jul. 2021.

ENTREVISTA REALIZADA EM 28 DE JUNHO DE 2021

Marcelo Tramontano: Muchísimas gracias, Adrián, por aceptar nuestra invitación. Me gustaría que empezáramos con una perspectiva histórica sobre la ciudad latinoamericana. Que tratáramos de establecer un paralelo con la evolución de los gobiernos y de la democracia en la región, a lo largo del siglo XX, examinando cómo ha evolucionado la noción de espacio público, las formas de leer y de producir la ciudad. En el comienzo de los años 2000, usted escribió sobre la ciudad latinoamericana como una categoría. Tal vez se pueda pensar en comprensiones actualizadas de ese concepto a partir de un breve examen histórico.

Adrián Gorelik: Bien, en primer lugar, ustedes conocen esos trabajos de comienzos de los 2000, con los cuales justo en estos momentos yo estoy cerrando un ciclo. Está en prensa un libro mío que reúne toda esa serie de trabajos que intentaron pensar cómo se había producido, durante un período de la historia latinoamericana, una noción específica de "ciudad latinoamericana" y buscaron comprenderla con una visión respecto de lo que esa ciudad debía ser. Mi intención, en ese momento, era alertar acerca de que no existe una ciudad latinoamericana, que la idea de ciudad latinoamericana es un producto cultural y político de un período. ¿Por qué? Porque, como bien muestran los libros de historia, en primer lugar, el de José Luis Romero, si podemos hablar de una ciudad latinoamericana —o americana, mejor dicho— en el momento de la colonización y la conquista, el destino de esa ciudad fue la diferenciación y no mantenerse dentro de un mismo patrón. Eso es lo que hoy nos permite decir que es muy difícil colocar en la misma oración a Buenos Aires y Cali o a Buenos Aires y una ciudad mediana Argentina. Pero si no se puede hablar de una ciudad latinoamericana, no es solo porque las ciudades son distintas entre sí, sino porque la "ciudad latinoamericana" es el producto de distintos lenguajes: las voces de la etnografía, sociología, arquitectura, planificación, historia cultural, producen distintas ciudades latinoamericanas, así como también lo hacen los lenguajes de las instituciones gubernamentales o centros de investigación.

Eso produce un *collage*, un *patchwork*, en el sentido de que, como toda figura de la imaginación social, cuando se realiza el trabajo histórico de la idea de "ciudad latinoamericana", no resulta una figura unívoca. Resulta, más bien, un mosaico desajustado, hecho de piezas irregulares, que no calzan entre sí con exactitud. No se puede armar un rompecabezas de la "ciudad latinoamericana", porque el rompecabezas implica que se termina con una figura completa. En realidad, lo que resulta es una serie de piezas formadas por representaciones sociales, discursos científicos, programas políticos, imaginaciones artísticas, ideologías. Todo eso es lo que compone el *patchwork* que produjimos, en un período determinado, una noción activa y operativa de "ciudad latinoamericana".

Entre las décadas de 1940 y 1980, la idea de "ciudad latinoamericana" atrajo discursos políticos y técnicos. Fue operativa para una serie de representaciones que buscaron la transformación. Es difícil encontrar que se haya vuelto a producir un momento igual y me parece que estamos viviendo, todavía, en un período abierto en los años 1990, en el que es difícil encontrar una noción de "ciudad latinoamericana" que sea operativa. Tenemos ciudades latinoamericanas, en plural, cada una con problemáticas muy diferentes. Por supuesto, como una región del sur global, como una región de sociedades desiguales e inequitativas, nuestras ciudades reconocen problemáticas similares, pero no lo suficiente para constituir una tipología de ciudad de la que se pueda hablar en singular. Entonces, respecto a la pregunta sobre la relación con las políticas, es muy interesante el hecho de que, en el ciclo en que funcionó, la idea de "ciudad latinoamericana" pudo funcionar con distintos gobiernos y distintas orientaciones políticas. El tema central que debemos discutir es el de las temporalidades diferenciales entre el mundo de la política y el mundo de los proyectos y las ideas urbanas, que reconocen una duración diferente.

En ese sentido, me ha resultado muy útil en mi trabajo la noción del "período expansivo", que la tomo del urbanista italiano Bernardo Secchi. Me sirve mucho la idea de que hay un momento expansivo en la ciudad occidental. Secchi habla para la ciudad europea y yo creo que las ciudades latinoamericanas calzan muy bien en esa idea. Porque es un período expansivo que está totalmente relacionado con la propia formación del Estado de bienestar. Este período dura, aproximadamente, desde mediados del siglo XIX (1870), cuando nuestras ciudades comienzan a desarrollarse, hasta el fin del Estado de bienestar, en 1970. A eso, podemos añadirle que ese ciclo expansivo produjo una triple tensión, conforme los estudios que realicé sobre el proceso expansivo y algunos otros procesos urbanos, principalmente en Buenos Aires: i. una tensión hacia afuera en el territorio, que son las propias expansiones urbanas; ii. una tensión hacia adentro en la sociedad (porque habían instituciones que actuaban en conjunto con la expansión urbana y que tenían una representación), pero también una necesidad de una sociedad más o menos unificada (porque el capitalismo del bienestar supone un ciudadano que sea, además, un consumidor, y eso significa una sociedad más o menos integrada); y iii. una tensión hacia adelante en el tiempo, que es la idea de proyecto. Ese es el rol importantísimo que tuvieron, en todas las décadas del ciclo expansivo, el pensamiento urbanístico, el pensamiento planificador y el pensamiento político de las ciudades.

Eso se acabó en los años 1970. Es muy interesante cuán importante y necesario es calificar de modos distintos la dictadura brasileña del 1964 y las dictaduras chilena y argentina del 1973 y 1976, por ejemplo. Siendo tan pocos años de diferencia y siendo que, en términos políticos, son tan similares y responden a situaciones determinadas del panorama internacional, la Guerra Fría, la revolución cubana, etc., desde el punto de vista urbano, el golpe militar brasileño se produjo dentro del ciclo expansivo, y por eso siguió habitado por las ideas de planificación. Por supuesto, con su particular ideología, con sus diferencias respecto de los gobiernos democráticos anteriores. Pero en lo que respecta a los procesos urbanos, no significó un corte tan grande como el que iba a significar, en la segunda mitad de los años 1970, toda la nueva cosmovisión neoliberal y, ya en los años 1990, las políticas con que se iba a enfrentar el problema de la ciudad posexpansiva. Y en esa nueva visión también los gobiernos democráticos de la región, en todas sus variantes, están bastante unidos en lo relacionado a políticas urbanas, debido a que forman parte de este momento

posexpansivo, en el cual los instrumentos de intervención y el propio Estado interventor se han debilitado mucho.

Podemos reconocer que, incluso dentro de ese nuevo momento, ocurrieron enormes logros. En Brasil, el *Estatuto da Cidade*, proyectos como *Favela-Bairro*, en Río de Janeiro, los proyectos de Medellín, en Colombia. Pero al mismo tiempo, es sencillo reconocer otros proyectos que han intentado seguir esos modelos, pero con mucho menos instrumentos de intervención que los que tenían en el período expansivo, y que eso ha sido decisivo en su escasa efectividad. Por eso, desde el punto de vista general de las transformaciones urbanas, parece más importante identificar los ciclos más generales en que los procesos territoriales se instalan y lidian desde ahí con la política, que identificar las diferencias políticas de cada uno de los gobiernos. Es más importante identificar estos largos ciclos en los que la situación económica general, el estado del capitalismo, las condiciones de nuestras frágiles economías marcan los límites de lo posible para las intervenciones urbanas, que las relaciones coyunturales con gobiernos variados populistas, conservadores, dictaduras. Dentro de esos límites de lo posible, debemos empezar a analizar y juzgar con más precisión qué es lo que está haciendo cada uno, qué es lo que puede hacer cada uno y qué es lo que está dejando de hacer cada uno.

Marcelo Tramontano: De hecho, no son las diferencias entre gobiernos lo que más importa. Pero algo sucedió, algo específico cuando, a principios del siglo XXI, se eligieron gobiernos progresistas en varios países de la región. En Brasil, durante los gobiernos Lula y Dilma, pero también en Argentina, Bolivia, Ecuador, Venezuela, se vivió una gran euforia y un gran interés en ocupar el espacio público. Tal vez de ese ejercicio de ciudadanía surgieron nuevas comprensiones del espacio público.

Adrián Gorelik: Sí, pero es interesante hacer una distinción con el caso brasileño. Brasil, como en muchos otros temas de la historia latinoamericana, reconoce una continuidad donde en los otros países hubo más ruptura. ¿Cuál es la continuidad? Para mí, es que las ideas de la planificación, que venían de los años 1960-70, tuvieron una actualización y reconocieron una continuidad en el movimiento por la reforma urbana, por el *Estatuto da Cidade*, en todo lo que se configuró en los años 1980-90 y que eclosionó una vez que llegó el gobierno Lula. En ese sentido, los estudios urbanos en el resto de hispanoamérica sufrieron una crisis muy importante a mediados de los años 1970 y no se han recuperado. En la ocupación del espacio público en Brasil, podemos reconocer que las propias luchas por la reforma urbana fueron muy importantes. En el caso de Argentina, en cambio, si bien hay una tradición de movilización de la sociedad, para la cual, una vez salida de la dictadura, el espacio público fue un ámbito muy activo, los temas de la ciudad no ocuparon el primer plano.

El rol que tuvieron los movimientos de derechos humanos en los últimos años de la dictadura en Argentina hicieron del espacio público una zona de mucha intensidad política. Articulábase, en los años 1980 y 1990, con una ideología del espacio público, con la idea de que el espacio público le daba una vitalidad a la sociedad civil que Estados demasiado omnipotentes o autoritarios habían cancelado. Pero, hacia fin de siglo, fue bastante evidente que esa ideología del espacio público estaba trabajando en la misma dirección que ciertas propuestas neoliberales, en las que mientras uno hablaba de sociedad civil, el otro hablaba de mercado, aunque en los hechos de las políticas urbanas no era demasiado diferente. Esto convivía con el debilitamiento progresivo de los instrumentos públicos de intervención. Llegamos a este momento de gobiernos más progresistas con gran variedad, en algunos casos más populistas que otros, y sería muy reductivista unificar, por ejemplo, a Bachelet, Lula y Chávez. En términos políticos, resulta un mapa bastante complejo, pero, aún así, puede encontrarse un factor común en toda esa complejidad, que es el discurso de mayor intervención estatal frente a los discursos promercado.

Ahora bien, me parece que las condiciones de la época no permitieron que esa intervención estatal fuera más sofisticada y se tradujera en un espacio público más complejo. En otras palabras, la intervención estatal, en la mayor parte de los casos, se tradujo en ayudas y subsidios a una sociedad que había sido fuertemente dañada, que no logró reponer los lazos de ciudadanía que permitían el surgimiento y la existencia de un espacio público más activo. Un espacio público pensado no solo como el lugar de la fiesta y la protesta, sino también como el lugar de construcción de ciudadanía y construcción colectiva de instrumentos de intervención, desde la ciudadanía, en conjunción o frente al Estado. Lo que hemos vivido en las primeras dos décadas del siglo XXI fue más discursivo que efectivo. Al menos en Argentina —nuevamente, las situaciones económicas y sociales en América Latina son bastante diferenciadas y no debemos generalizar—, tenemos que hacernos cargo de que los últimos cuarenta años que vieron la consolidación de la democracia fueron años enormemente productivos en la consecución de derechos civiles, pero con un resultado lamentable en la dimensión económico-social. Por ejemplo, el divorcio en Argentina se logró con el primer gobierno democrático de 1984 y en los años 2000 se aprobó el matrimonio igualitario, además de una cantidad enorme de avances en lo que respecta a las libertades cívicas. Paralelamente, hemos padecido un descenso social continuo y pronunciado lo que ha producido una fractura que esta sociedad no había conocido en todo el siglo XX. En este

momento, Argentina está cerca del 50% de pobreza, algo que ha venido creciendo en los últimos cuarenta años desde niveles de menos del 10%.

Entonces, como demócratas, justamente por ser demócratas, nosotros nos tenemos que hacer cargo de que la democracia, en algunos casos —aquí hablo de la Argentina concretamente—, logre poner a la altura de los avances en la ampliación de los derechos civiles las propuestas económicas y productivas que consigan revertir esta situación inaceptable. Es una contradicción que no puede tener larga vida porque tiene efectos muy profundos sobre la sociedad. Tenemos una sociedad que ya va por una tercera generación de lo que en Argentina llamamos población NiNi (ni trabaja, ni estudia). Esto produce una corrosión tremenda en el suelo social. La pobreza y la desigualdad son elementos que no solo no hemos logrado combatir, sino que han crecido exponencialmente a lo largo de estos 40 años de democracia, en una línea continua que no reconoce diferencias de gobierno. Estos son obstáculos gigantescos para la discusión sobre el espacio público, porque, en la medida en que nuestras ciudades tienen un 50% de pobreza ¿de qué espacio público podemos hablar? Es muy difícil aplicar ese tipo de categorías considerando esos aspectos.

Marcelo Tramontano: Aunque con muchas carencias y muchas pérdidas a lo largo de varias décadas, los logros sociales han sido importantes para la construcción de un espacio público más inclusivo, capaz de acercar diferencias y estimular la sociabilidad. La pandemia, en cambio, fue una explosión en este proceso, haciéndonos volver a los conflictos que luchábamos por superar, al miedo unos a otros, a razones de salud que justifican la distancia social.

Adrián Gorelik: Es necesario considerar las carencias que mencionas sobre el espacio público, sobre todo en el momento en que la pandemia del COVID-19 puso entre paréntesis todo lo relacionado con el espacio público. El foco principal de esta enfermedad tiene que ver con la vida colectiva, con el hecho de no estar con las otras personas, incluso con aspectos de la vida urbana por los que tanto hemos luchado, como, por ejemplo, el mejoramiento del transporte público en nuestras ciudades, que ahora resulta ser peligroso. Poniendo todo esto entre paréntesis, la pandemia nos permite pensar cuál era la situación que habíamos alcanzado. En eso coincidí contigo, no es un problema de las últimas dos décadas, es un problema de las últimas cuatro o cinco décadas en que, fuera de la romantización de la idea de espacio público, en realidad, no hemos logrado construir espacios públicos efectivos, en el sentido de constituir ciudadanía. Esto se relaciona con los dramáticos números de población que no pueden considerar formar parte de una ciudadanía auténtica por limitaciones económicas. No puede haber ciudadanía sin cloacas, porque la ciudadanía forma parte de una concepción de la sociedad, en la que la infraestructura urbana es tan importante como la participación política. Porque las cloacas son las que sostienen las prácticas políticas democráticas a lo largo del tiempo y no convierten la actividad en el espacio público en simples estallidos de protesta social.

Tenemos que percibir que nuestro entusiasmo con el espacio público ha carecido, hasta ahora, de la construcción de infraestructuras más equitativas y de políticas urbanas que piensen qué hacer con este crecimiento absolutamente descontrolado de las metrópolis. La pandemia ha puesto esas carencias en el centro de atención. Es evidente que ciudades como Sao Paulo, Rio de Janeiro, Buenos Aires, México siguen creciendo sin límites, pues ya no contamos con un Estado planificador que tenía la utopía de la desconcentración y la creación de polos de crecimiento alternativo. Entonces, ¿cómo podemos construir, en este momento, nuevas ideas respecto a lo que se puede hacer con el crecimiento de nuestras ciudades, con los flujos migratorios, con los diferentes problemas que siguen haciendo que se multiplique la pobreza en lugar de reducirse? Estos siguen siendo algunos de los grandes desafíos que tenemos.

Marcelo Tramontano: Me gustaría desviar un poco nuestra mirada de lo urbano, para centrarme en las referencias que usamos para examinarlo. Generalmente son referencias del Norte, que a menudo se basan en conceptos formulados sobre las realidades del Norte y las ciudades del Norte. Aun en nuestras instituciones, acostumbramos a trabajar sobre temas que le interesan más al Norte que a nuestra región específicamente. Pero con tantos años de programas de posgrado, tantas revistas científicas que transmiten tanta producción intelectual de América Latina, ciertamente es posible construir conjuntos de referencias que nazcan de nuestro conocimiento del continente, que ayuden a relacionar las ciudades y sus culturas con valores locales.

Adrián Gorelik: Los países latinoamericanos han formado parte de los procesos de conocimiento, de debate y de producción intelectual y científica de Europa desde el propio origen del continente como tal. Esto diferencia la suerte de América Latina, en términos culturales y artísticos, de buena parte del resto del Sur Global, que muchas veces, equivocadamente, se suele unificar con nociones como la de poscolonialismo. El proceso de participación de América Latina en la conversación internacional está marcado por su integración a ese occidente. A mí me gustan mucho las definiciones de "lejano occidente" y "extremo occidente", que tienen ya muchas décadas, porque evidentemente no es lo mismo vivir en países como los nuestros que vivir en los centros de ese universo que podemos llamar Occidente. La asunción de esa pertenencia no debe tomarse

como una afirmación desproblematizadora, por el contrario. Ella torna más dramáticos nuestros procesos culturales, una vez entendemos lo que significa formarse a mucha distancia de los originales de los que nuestra cultura depende. Por más que una persona sea parte del campo intelectual, lo que supone ser miembro de las élites culturales, pueden pasar décadas y, a veces, toda su vida, hasta que conozca, en sus fuentes, algunos objetos artísticos, arquitectónicos, urbanísticos que están en la matriz de lo que nosotros podemos pensar.

Esta conciencia crea las bases de la relación crítica que debemos tener con esos centros de Occidente, en el sentido de que cuanto más conscientes somos de lo que significa estar en sus extremos, más podemos aproximarnos críticamente a ese pensamiento occidental, apropiarnos de él, utilizarlo, desvirtuarlo, criticarlo, etc. Pero es imposible imaginar que podemos partir de coordenadas completamente diferentes. Dicho esto, en términos generales, yo creo que hay mucho para hacer entre nuestras diversas culturas latinoamericanas, también en el sentido de profundizar esa relación crítica. Es fundamental estrechar las tramas intelectuales, culturales y artísticas entre los países latinoamericanos, por una sencilla razón: ello le da enorme riqueza, variedad y productividad a lo que cada una de nuestras culturas nacionales, muchas veces ni siquiera nacionales, urbanas, ha logrado armar en un vínculo unilineal directo con países centrales. Me parece que son muy importantes las tramas locales, regionales y continentales que nosotros podamos armar para poner a disposición el conocimiento, para conocer más de nosotros mismos. Actualmente tenemos el absurdo por el cual es más fácil conseguir, en Buenos Aires, un libro editado en Madrid o en Barcelona que uno editado en Montevideo, que queda a media hora cruzando el río.

Debemos trabajar muchísimo en el campo cultural e intelectual, que es lo que podemos hacer nosotros para cambiar esa situación, al mismo tiempo que tenemos que construir programas políticos que logren impulsar infraestructuras económicas y de comunicación que puedan hacerlo. El Mercosur es un proyecto que tiene tantas fallas, que se hace difícil enorgullecerse de él y, al mismo tiempo, uno cree que ese tipo de iniciativas, que vinculan distintos países, distintos mercados y distintos campos universitarios, es el único camino. Creo que se van a sofisticar nuestras construcciones intelectuales cuando logremos tener un mejor diálogo entre todos nosotros. Esto no implica que lograremos desterrar el peso de los *maîtres à penser* europeos, con los que seguimos pensando, aun cuando pensamos en romper con ellos. Aunque buena parte del pensamiento crítico, incluso del más radical latinoamericano, ha venido o de Marx, o de Foucault, o de Deleuze, jamás reivindicaría esos pensamientos como cárceles de larga duración. Sí pensaría todo el mundo de conocimiento occidental y no occidental como una posibilidad disponible para nosotros, como periféricos o de extremo occidente, apelando a Jorge Luis Borges, para utilizarlo de un modo que los propios europeos o norteamericanos no podrían. Tenemos la posibilidad de ser menos provincianos que aquellos centros que tienen una cultura tan fuerte. Es mucho más fácil ver una pluralidad de lenguas y nacionalidades en la bibliografía de un autor latinoamericano que en la bibliografía de un autor francés que, muchas veces, todo lo que ha leído lo ha leído solamente en francés y editado en su país.

No podemos renegar de que somos una especie de extremo o lejano occidente. Sí podemos hacer mucho y es mucho lo que se ha hecho. Esto que estoy diciendo no es nuevo, hay una reivindicación, que lleva por lo menos todo el siglo XX, de la necesidad de una mayor vinculación entre las culturas, los mercados culturales y los mercados académicos de nuestros países. Eso es fundamental y se ha hecho mucho al respecto. Hoy tenemos una vinculación, en mi caso concreto, con Brasil. Tenemos editoras en Argentina que traducen bastante nueva literatura brasileña. Antes era imposible encontrar, en las librerías argentinas, un autor brasileño actual. Hoy hay muchas editoras que traducen y eligen bien a los autores. Así que yo creo que hay avances en ese sentido y creo que hay que profundizarlos.

Mario Vallejo: Usted mencionó el término "desprovincialización", lo que me hizo pensar en esos procesos inversos de cambio de dirección de la mirada de América Latina, que ha venido dirigiéndose hacia el mismo continente. En los procesos del siglo XX, la mirada estaba fijada en Europa, procurando siempre alcanzar similitudes con las ciudades europeas, el proceso inverso de mirarnos externamente. Parecía haber una cierta aversión a lo provinciano, a lo local. Podríamos decir que, en las dos últimas décadas, ha venido creciendo un proceso inverso, de valorización de esa provincia que, más que omitirla, se desvalorizaba. ¿Usted podría comentar un poco sobre esos procesos?

Adrián Gorelik: Creo que en América Latina tenemos ciclos en los que oscilamos entre esos dos polos. Buena parte del pensamiento crítico de los años 1960 se puede traducir en la fórmula de "colonialismo interno", que era una manera de mirar la necesidad de darle valor a la provincia, el interior, frente a las metrópolis, que siempre son vistas como aquellas que introducen sin filtros lo que viene de afuera. Si pensamos –desde el "súper regionalismo" y no desde el provincianismo– en el interés por la literatura regional de figuras como Ángel Rama y Antonio Cândido (me refiero a sus análisis de Guimarães Rosa, José María Arguedas, Juan Rulfo), buscaban una literatura que para ellos tenía una mayor capacidad expresiva de algo propio de sus países o de América Latina. Esto forma parte de ciclos en los que, por otro lado, las grandes producciones

metropolitanas, los grandes escritores de las ciudades cosmopolitas, no pueden quedar fuera de la fotografía. La cultura latinoamericana oscila entre ambas cosas.

Las élites culturales latinoamericanas tenemos tradiciones fuertemente cosmopolitas e internacionalistas, y me parece que cualquier cosa que hagamos no puede renunciar a ella. Cuando yo hablo de desprovincialización, también hablo en términos latinoamericanos, en el sentido de que la relación entre Argentina y Brasil nos desprovincializa a los argentinos y a los brasileños. Porque, por décadas de tradiciones historiográficas nacionalistas, estamos acostumbrados a pensar que la historia de nuestras regiones reconoce los mismos límites de las naciones, sin buscar la interacción mucho más compleja y mucho más plural que en realidad encontramos en cuanto desconocemos esos límites y organizamos nuestras temáticas en función de las regiones que implican. Como cuando pensamos en lo que costó que comenzaran a aparecer, en Brasil o en Argentina, historias complejas sobre la guerra del Paraguay, por ejemplo, que son los eventos que deberían permitir poner en cuestión la construcción de las historiografías nacionales y ver más articuladamente la región. Es muy reciente la aparición de versiones sofisticadas y articuladoras de la guerra del Paraguay.

Desprovincializarnos es luchar también, dentro de América Latina, contra tradiciones historiográficas nacionalistas que pusieron lo nacional en relación directa con algún centro internacional, pero no en diálogo con los otros países. En las últimas décadas, por suerte, está habiendo una historia política latinoamericana mucho más articulada y construida colectivamente, una historia intelectual latinoamericana que se está conformando y dialogando con la producción de los distintos países. Cuando digo desprovincializarnos, también lo digo en relación a las relaciones internas de los países latinoamericanos que tienen todo que ganar con la ampliación, la pluralización y la complejización de esas relaciones internas.

Marcelo Tramontano: Una América Latina con relaciones internas más complejas entre sus pueblos es nuestro gran anhelo. Sin embargo, existe una fisura idiomática en el continente que es muy poco discutida, pero, al fin y al cabo, tiene una gran importancia cuando pensamos cómo circula la información entre los países de la región. Sobre la infinidad de lenguas del continente predominan el portugués y el español como marcas de la constitución histórica de los pueblos, de dos Américas vecinas que aún tienen dificultades para dialogar. Importante es también recordar el papel de Internet, que desde mediados de los 1990 ha sido, en teoría, un medio posible y eficaz de estimular la comunicación.

Adrián Gorelik: Veo la diferencia lingüística, en primer lugar, como una gran riqueza de nuestros países. Lo que ha permitido el portugués implica un reconocimiento del gran crecimiento y de los pasos importantes que se han dado en esa dirección de intercambios culturales, intelectuales, académicos. Aunque sí tenemos que discutir políticas institucionales y editoriales. El crecimiento del inglés en la literatura de todo lo relacionado con Humanidades y ciencias sociales es abismal y la Internet ha contribuido con esto. En vez de haberle dado mayor autonomía a los dialectos del mundo, Internet promueve una dinámica hacia el monolingüismo inglés. Hoy, en el mundo académico, cualquiera que pretenda cierta resonancia global necesita ser editado en inglés. Es un proceso social que veo como inevitable, al mismo tiempo que lo juzgo como muy dañino. Sobre todo para quienes trabajamos en Humanidades, en ciencias sociales, donde la lengua es parte de nuestras posibilidades de conocimiento del mundo del que hablamos. También para quienes no le atribuimos la misma importancia al hecho de que, por ejemplo, un trabajo mío sobre Argentina o sobre América Latina sea leído por autores de todas partes del mundo en una revista en inglés, a que forme parte de un cenáculo de debate preocupado por esos problemas que les comento. Es muy difícil luchar contra esa dinámica homogeneizadora y, al mismo tiempo, es muy importante seguir haciéndolo.

Esto significa, por ejemplo, producir revistas científicas que no se rindan a la normativa homogeneizadora globalizante que hoy imponen las indexadoras. Yo trabajo en un colectivo que produce una revista de historia intelectual y para nosotros es una lucha permanente preservar secciones que, sin embargo, no están bien vistas por las indexadoras, como la sección "Reseñas". Históricamente, las reseñas de libros en las revistas de historia o de ciencias sociales eran el modo en que el campo disciplinar se comunicaba e interactuaba. Así, los autores más formados mostraban que estaban al tanto de las nuevas producciones, cuyos comentarios generaban debates. La política de las indexadoras de revistas científicas no contabiliza la reseña como un artículo original. Si una revista tiene diez artículos originales, no puede tener un número muy alto de reseñas, porque el porcentual de "artículos originales" baja mucho y, por lo tanto, su calificación disminuye. La respuesta de muchas revistas, entonces, es no publicar más reseñas, lo que claramente es un contrasentido en términos de una política académica preocupada por el enriquecimiento del campo disciplinar.

Por lo tanto, una política de cierta búsqueda de autonomía implicaría seguir manteniendo secciones que nos parecen, intelectual o académicamente, productivas. Aunque vayan en contra de estas visiones tan homogeneizantes de dispositivos que no contemplan ni nuestras necesidades específicas, ni nuestras búsquedas específicas, frente a los cuales no debemos rendirnos tan automáticamente. Es un detalle mínimo lo que propongo, no le quiero dar la estatura de una gran lucha política. Pero me parece que con cada una de

esas pequeñas cosas, al mismo tiempo que se va posibilitando pensar en la construcción de campos de interlocución que no triangulen siempre con el inglés o con algún foco norteamericano o europeo, permite, también, conformar proyectos colectivos entre nosotros. Eso es realmente muy importante, pero no para cancelar la relación teórica e intelectual con los centros europeos. Mucho menos ahora, que la globalización está produciendo cambios enormes también en los centros académicos norteamericanos y europeos. Es muy importante, en medio de todos esos cambios, tener y construir los mejores lazos posibles entre nosotros, para discutir, entre otras cosas, cómo enfrentarlos.

Marcelo Tramontano: El tema sobre las revistas es muy querido para nosotros. Porque, si se cumplen los criterios de las indexadoras, simplemente se desmantelan las revistas. El verdadero interés de las indexadoras es que las revistas sean repositorios de artículos.

Adrián Gorelik: Convergamos que el propio sistema de Internet y el OJS son grandes desmanteladores de revistas. Ahora no abrimos las revistas en sí, abrimos los artículos que buscamos ya sea por tema o por autor, sin percibir siquiera mínimamente de qué universo discursivo, dentro cada revista, forman parte esos artículos. Quiénes producimos revistas sabemos que la revista es una unidad pensada como un artefacto en el que los asuntos se relacionan y discuten entre sí. La Internet ha desmantelado completamente esta noción de unidad. Entonces, hay un primer problema, que es el de la propia tecnología, al que se suma exactamente lo que usted comenta sobre las indexadoras que ponen criterios que no se pueden defender en ninguna discusión racional. Por eso tenemos que crear campos de discusión donde podamos hacer frente, por lo menos, a las cosas menos racionales.

Marcelo Tramontano: Usted dijo que cree que esta reflexión es un detalle que no debe tener la estatura de una lucha política, y lo comprendo. Pero sabemos que las grandes indexadoras del planeta también son responsables de los rankings mundiales de universidades y revistas, y que uno de los principales criterios para clasificar una universidad es tener publicaciones en revistas controladas por estas mismas indexadoras. El invento de la oferta de artículos *ahead of print* en sí mismo es ambiguo, ya que contribuye al desmantelamiento de revistas, reduciéndolas a repositorios de artículos. Por eso creo que, en este contexto de hegemonía de las grandes indexadoras, defender a revistas que proponen pautas a la comunidad académica, a través de las obras que publican, sí es un acto de resistencia política.

Adrián Gorelik: Estoy de acuerdo. Nosotros, en particular, al mismo tiempo que llevamos esas discusiones y luchas a todos los ámbitos que podemos, no podemos quedarnos afuera. Porque quedarse afuera de las indexadoras significa salir del campo de visión de los autores nuevos que quieren publicar y que están buscando dónde publicar. Es un equilibrio bastante complicado, pero muy necesario.

Marcelo Tramontano: Como docente, educador y formador de nuevos profesores e investigadores, nuevos estudiosos de la ciudad, ¿cómo ve los sistemas académicos actuales en el continente?

Adrián Gorelik: Es bien complicado, la verdad. Tengo la impresión de que, en América Latina, estamos presos de una suerte de dialéctica bastante negativa, que está relacionada con lo siguiente: los sistemas universitarios que más puján por renovarse, internacionalizarse y profesionalizarse están mucho más sujetos a las presiones del sistema académico internacional. Este es el caso del funcionamiento del sistema académico brasileño o chileno, que son dos sistemas académicos que realmente han hecho mucho esfuerzo por ampliarse. Cuando vemos los centenares de personas que reúne el Seminario de Historia de la Ciudad y el Urbanismo, en Brasil, podemos decir que hay programas de posgrado, en distintas regiones del país, que están trabajando para generar graduados, investigación, conocimiento. Eso es un esfuerzo gigantesco de toda una sociedad, porque eso lo paga todo Brasil. Y eso es muy gratificante.

Al mismo tiempo, veo que esos sistemas, por su propia ambición de actualizarse, se vuelven víctimas de las peores trampas en las que está entrando el sistema académico internacional. Por ejemplo, la cuestión de "publicar o morir". En Brasil, el modo en que el joven investigador vive su día a día es realmente muy tremendo. Toda esta forma de publicación hace muy difícil la realización de proyectos de largo plazo, o lo que significaba estructurar libros realmente importantes a lo largo de 8-10 años. Hoy las investigaciones se desintegran en varios artículos, porque es más importante, de acuerdo a los criterios de la evaluación académica, tener muchos artículos publicados que tener un buen libro (ya la palabra "buen" está fuera de lugar ante evaluaciones que registran sólo los aspectos cuantitativos). El modo en que las instituciones brasileñas han auto-asumido toda una serie de requisitos muy rigurosos va en contra de esa misma productividad y crecimiento.

Veo algo similar en Chile, siendo un campo científico mucho más pequeño. Estos dos países son los que han asumido, con mayor rigorismo y con menor crítica, muchas de las nuevas condiciones del mercado académico internacional. Por otro lado, países como Argentina, justamente por no tener un sistema académico tan aceitado, por sufrir continuamente interrupciones, golpes, cambios de dirección en las políticas, por no poder progresar demasiado en la profesionalización, en la nacionalización y federalización de la producción de conocimiento, ofrecen, individualmente, mayores márgenes de libertad al investigador. Esto porque no tienen recursos para imponerle toda esta nueva parafernalia de requisitos. Es una dialéctica dramática, porque a mí me gustaría poder trabajar en el crecimiento y fortalecimiento de nuestro sistema académico, manteniendo, dentro de él, la capacidad crítica de filtrar aquellas cosas que son productivas y aquellas cosas que no lo son para ese mismo progreso. No estamos encontrando un modelo que nos permita verlo.

Marcelo Tramontano: Adrián, una última pregunta: ¿el futuro le parece promisorio?

Adrián Gorelik: Yo tengo una mirada enormemente negativa del presente y del futuro inmediato, y tengo un gran optimismo a largo plazo. Creo que las mejores cosas de la humanidad van a terminar imponiéndose aun en contra de los reflejos más destructivos que la misma humanidad indudablemente muestra a cada paso. Pero es una fe, así como algunos tienen alguna religión. El pesimismo de la razón y el optimismo de la voluntad siguen siendo, para mí, fuerzas importantes para pensar con distancia, pero confiando en que uno puede estar colaborando con la construcción de un futuro mejor. Sin eso, me parece que es muy difícil seguir el día a día.